

Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 288 – 17 de septiembre de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. **Los pelillos a la mar de Carles Puigdemont y Theresa May**, *María José López de Arenosa*
2. **Retorno sentimental de un catalán a Gerona**, *José Pla*

Los pelillos a la mar de Carles Puigdemont y Theresa May

María José López de Arenosa (*Revista Digital Corresponsales ACPI*)

La irresponsabilidad y malicia de David Cameron y Artur Mas catapultaron, muy a su pesar, a dos personajes inesperados para dirigir los destinos del Reino Unido y de Cataluña: Theresa May y Carles Puigdemont, quienes tienen en común algo más que haber llegado a sus respectivos cargos sin haber sido votados directamente por sus electores.

Entre los frutos de la casualidad, el destino o el azar, que comparten la señora May y Puigdemont está su peluquero. Sí, querido lector. No levante usted la ceja con asombro. Así es, y a las pruebas me remito. No tiene usted más que echar un vistazo a las numerosas fotografías de ambos que circulan en internet corroborarlo. Algunos afirman que el artista se llama Pep y es de Mataró. Otros que, no, que de ninguna manera; que se llama James y sus modales y lealtad recuerdan al señor Stevens, el mayordomo de *Lo que queda del día*, la novela de Kazuo Ishiguro, cuya película homónima interpretó magistralmente Anthony Hopkins. Están muy equivocados.

Las indagaciones de la legendaria agencia de detectives Pinkerton conducen a un señor de Murcia, Andrés González, cuya familia emigró a Sabadell cuando era niño. Aclaro, antes de que las feministas se me echen encima, que la posibilidad de que tan insignes mollereras pudieran estar a cargo de una mujer quedó descartada desde el primer momento. Por mucho que odie a sus semejantes, ninguna



peluquera sería capaz de semejantes creaciones a golpe de tijera y secador. En cuanto a la mano que mueve con entusiasmo el hacha para cortar el flequillo de Anna Gabriel, no voy a aventurarme hoy porque esa es harina de otro costal.

Aunque se inició en una barbería de barrio, Andrés supo aprovechar el auge de las peluquerías unisex y con la movilidad europea se lanzó al estrellato convirtiéndose en un profesional que, si bien es desconocido para el gran público, se lo disputan políticos de la talla de Theresa May y Carles Puigdemont.

La primera se encontraba ya entre su selecta clientela cuando David Cameron, ese gran ludópata de las urnas apostó por el referéndum escocés. Como había adquirido cierta confianza con la señora May,

Andrés se aventuró a preguntarle por el futuro del Reino Unido en el caso de que ganara el «Sí» a la independencia de Escocia. «Don't worry, Andrew», respondió condescendiente doña Theresa mientras él le ahuecaba con esmero la melena para evocar la forma de un tomate de su añorada huerta murciana. Prefería llamarle Andrew para no acordarse de que estaba utilizando mano de obra extranjera, lo que podría generar suspicacias entre sus paisanos; algo que debía evitar como responsable de inmigración. «El primer ministro estudió en Eton y en Oxford. Está sobradamente preparado para saber lo que tiene que hacer y cómo hacerlo». Andrés se sintió muy reconfortado. ¿Qué podría salir mal?

Cada vez que nuestro señor de Murcia expresaba alguna inquietud sobre política británica con su inglés chapurreado, su clienta le explicaba que, como ex alumno de la celeberrima universidad de Oxford, el primer ministro estaba a otro nivel intelectual que le situaba más allá del bien y del mal. Aunque por los pelos –nunca mejor dicho– el resultado de las urnas lo corroboró. Escocia se quedaba dentro del Reino Unido y los escoceses dejarían de dar la tabarra una temporada.

Cortar cabelleras ilustres entre el Reino Unido y España le otorgaba acceso a información de primera mano y también le daba buenas ideas para su familia. Ni en sus mejores sueños habría imaginado que sus nietos podrían estudiar en Londres –incluso en Oxford– gracias al programa Erasmus. No, no era una idea descabellada.

Elecciones plebiscitarias

Mientras tanto, aquí en España, concretamente en Barcelona, Artur Mas, otro ludópata de las urnas, adelantaba las elecciones catalanas –las terceras en cinco años– tras el fiasco de su referéndum ilegal. Elecciones plebiscitarias, las llamó. Organizó una gran coalición independentista que garantizaría la victoria por goleada y por obra y gracia de la ley electoral catalana. Pero aquí también falló algo y su coalición, Junts Pel Si, tuvo que cortarle la cabeza (políticamente hablando) para complacer a los anarquistas de la CUP abriendo paso a Carles Puigdemont. El cráneo del nuevo presidente de la Generalidad, coronado por un voluminoso flequillo causó sensación. Recordaba a un calabacín –naturalmente, murciano– e hizo las delicias de los caricaturistas.



La vida sonreía a Andrés y mientras él paseaba por la Diagonal comentando sus grandes planes de futuro con Eutimia, su mujer, David Cameron hacía lo propio dando vueltas en su despacho de Downing Street pensando en su gran órdago. La adrenalina descargada con el referéndum escocés se había reducido ya a niveles mínimos y su ludopatía plebiscitaria exigía urgentemente una nueva dosis. Su nueva apuesta, presentada como promesa electoral de obligado cumplimiento, ensalzaría su figura, pasaría a los libros de Historia como el gran estadista que era y dejaría a los críticos con la Unión Europea a la altura del betún. Con el mismo espíritu de quien vuelve al casino tras una racha de suerte, Cameron volvió por sus fueros para fortalecer su posición en el partido conservador. «¿Debería el Reino Unido permanecer en la Unión Europea o salir de la Unión Europea?» Esa era la pregunta del Brexit que el pueblo soberano debía responder.

Mientras daba el toque final de laca al cogote de la señora May, nuestro humilde peluquero se atrevió a preguntarle con timidez qué pasaría si ganaba el «Sí» al Brexit. Una vez más, la ministra del gobierno de su Graciosa Majestad lo tranquilizó con una respuesta flemática y condescendiente: «Andrew... ¿recuerda usted que el señor Cameron estudió en Oxford, igual que yo? Él sabe qué es lo que tiene que hacer y cómo hacerlo».

Sin duda, pensó Andrés, David Cameron sabía lo que hacía y no iba a tirarse a la piscina sin comprobar si había agua. A fin de cuentas se había educado en Eton, el colegio más prestigioso del mundo, como corresponde a los grandes hombres de Estado británicos. En algún tabloide leyó algo sobre su

pertenencia, durante sus años universitarios, al polémico Club Bullingdon (tuvo que apuntar el nombre para recordarlo y soltarlo después en el bar de su barrio), conocido por agrupar a lo más granado de la aristocracia estudiantil con aficiones a la bebida y al vandalismo. Según aquel artículo, el ex alcalde de Londres, Boris Johnson, formaba también parte de aquella elitista asociación, dato que restaba credibilidad al periodista –seguramente un envidioso–, para otorgársela a sus distinguidos miembros pues, sin duda, para llegar tan alto y velar por el bien común sus trayectorias tenían que ser impecables.

¿Qué podría salir mal?

David Cameron quitaría argumentos a los ignorantes que se quejaban de la competencia de los polacos, portugueses y españoles que, como él, se beneficiaban de la libre circulación de personas trabajando honradamente. Sin duda, el primer ministro lo tenía todo bien calculado –atado y bien atado, que diría otro por estos pagos– para salir airoso y políticamente fortalecido. No había nada que temer. Los descontentos con la UE se callarían en un pispás –en un abrir y cerrar de urnas–, y él, Andrés González, seguiría cruzando el Canal de la Mancha para peinar testas ilustres gracias a Ryan Air, con la misma naturalidad con que otros toman el puente aéreo o el AVE Madrid-Barcelona y presumiendo siempre de murciano y español.

«Siempre nos quedará París», respondió lacónicamente cuando Eutimia irrumpió nerviosa en la habitación aquella mañana de junio para comunicarle el resultado del Brexit que había oído por la radio. Intentó explicarle, una vez más, que Cameron tenía una mente brillante, educada en las instituciones más prestigiosas del mundo y sus decisiones jamás pondrían en riesgo la rutilante carrera de un peluquero de altos vuelos como él. Seguro que un hombre tan alto de miras y tan preocupado por el bien común tenía un as en la manga, la fórmula para que todo siguiera igual. Nadie en su sano juicio prescindía de un buen peluquero así como así. «Un buen peluquero es tan importante como un buen neurólogo», –solía decir a sus amigos–, sólo que en vez de trabajar en las profundidades del cerebro con las neuronas, lo hace sobre la cubierta y esto le da un conocimiento del ser humano y sus vanidades que ya quisieran tener muchos hombres de ciencia».



Sintió lástima por ella al ver su gesto preocupado mientras se abrochaba la bata de Harrods que él le regaló por Navidad. A pesar de la fama de lista que tenía en su pueblo, no dejaba de ser una mujer muy elemental que, al contrario que él, vivía ajena a los círculos de poder. «No seas tontorrón. ¿Qué puede salir mal?». «Nada, supongo que nada», respondió aturdida, intentando acallar esa vocecita interior tan pedestre y vulgar que invitaba a la desconfianza.

Todo sucedió con enorme rapidez. David Cameron tuvo que marcharse a su casa o, mejor dicho, a las playas de Córcega para esconderse del ridículo y el whatsapp de Theresa May solicitando un peinado urgente para la votación del Partido Conservador no se hizo esperar. Sin rivales en su partido y sin haber sido votada para ello, la señora May se mudó al 10 de Downing Street el 13 de julio de 2016 con el pelo perfectamente cardado.

Con May en Downing Street y Puigdemont en el palacio de San Jaime se dispararon las teorías conspiratorias con un misterioso peluquero en el epicentro de las redes sociales. Ajeno a todo eso, no tardó Andrés en advertir que, además de Oxford, Theresa May compartía con su antecesor en el cargo la afición por las apuestas de riesgo para consolidar su posición en su propio partido. Pero la suya no sería un referéndum, sino unas elecciones anticipadas –muy anticipadas– para afianzar su liderazgo.

«El problema con las urnas es que las carga el diablo», le susurró tímidamente al oído mientras le recortaba la melena. Como su inglés no era muy bueno, le pareció que la respuesta de la primera ministra era algo así como nuestro «¡pelillos a la mar!». Algo avergonzado por su atrevimiento, barrió los mechones grises esparcidos por el suelo. ¿Cómo iba a darle él, un pobre señor de Murcia, lecciones a una mente preclara, formada, al igual que la de su antecesor y sus numerosos asesores, en Oxford? No había más que echar un vistazo a las encuestas para responder la pregunta retórica de su cliente: What could go wrong?

Algo no salió como se esperaba y mientras los sesudos analistas debatían en televisión sobre lo que pudo salir mal, descargando la culpa sobre los encuestadores y sondeos de opinión, la señora May se apañaba con sus nuevos socios parlamentarios del partido Unionista de Irlanda para seguir en Downing Street.

Socios de los antisistema

La semana pasada, mientras Andrés le peinaba la melena, Carles Puigdemont afirmaba categórico: «Espanya ens roba. Pero después del referéndum de independencia que, por supuesto, ganaremos, la doble nacionalidad nos permitirá a los catalanes cobrar las pensiones de la Seguridad Social española y beneficiarnos de la pertenencia de España a la UE sin poner un céntimo ni renunciar a nada. Se van a enterar de lo que vale un peine». A Andrés, buen conocedor del precio de un peine, le parecía todo un poco raro. Era como divorciarse y seguir casado, obligando a Eutimia a dejarle la casa y el coche para que él viviera con otra señora, mientras ella pagaba la hipoteca, la gasolina, el seguro y hasta las medicinas.

Aunque fuese un presidente sobrevenido, sin haber sido votado directamente por los ciudadanos, Puigdemont no se comparaba con Theresa May. Sus socios, los chicos antisistema de la CUP no eran tan antipáticos como los energúmenos irlandeses que la tenían como rehén en el Palacio de Westminster. ¡Donde iba a parar!

Los anarquistas ya no eran los enemigos de la burguesía catalana. Ahora eran sus socios. O quizás era al revés, y ellos eran los socios necesarios para que los antisistema cumplieran su objetivo de arrasar con todo. En fin... ¿qué más daba el orden de los factores? Eran unos simpáticos alborotadores que le acompañaban alegremente, no hacia el borde de una piscina sin agua, sino el de un acantilado majestuoso bajo el cual podía contemplar un Mediterráneo azul y más catalán que nunca. La vista era sobrecogedora y él, Carles Puigdemont, seguiría avanzando por aquel precipicio imponente con su flequillo al viento dirigiendo al pueblo de Cataluña. Mirando arrobado hacia el horizonte, alzaría las tablas de la Ley de Transitoriedad como lo habría hecho el mismísimo Moisés. Todo ello con paso seguro, triunfal, y sin necesidad de bajar la vista para ver si en ese terreno bajo sus pies que España reclamaba como suyo había algún pedrusco con el que pudiera tropezar.



«Las urnas las carga el diablo». El susurro del peluquero en su oído despertó al Molt Honorable de su cabezada. «Haremos el referéndum porque llevamos cuarenta años haciendo lo que nos sale de la barretina y en eso nadie tiene más experiencia que nosotros. Què pot sortir mal? ¿Qué puede salir mal?». Lo dijo bostezando, pero sin despeinarse, detalle que Andrés agradeció, pues ya había terminado su trabajo.

El señor de Murcia sacudió discretamente la caspa de los hombros del presidente. No es que desconfiara de su cliente por no haber estudiado en Oxford. Ni muchísimo menos. Ni Eutimia ni él habían terminado el colegio y sabían con toda seguridad que cuando algo podía salir mal, salía muy mal. A ver ahora cómo

la tranquilizaba cuando viera que ni el referéndum ni la Ley de Transitoriedad reparaban en las becas Erasmus y que a sus nietos ni siquiera les quedaría París.

Retorno sentimental de un catalán a Gerona

José Pla (La Vanguardia 10 de febrero de 1939)

Un simpático matrimonio, en misión de «Auxilio Social» (sic), ha tenido la amabilidad de devolver, por unas horas, a un catalán a su país, y así me ha sido posible llegar a mi Ampudán nativo, pocas horas después de ser liberado por las tropas del Generalísimo Franco.

Al salir de Barcelona, por la carretera del litoral, y atravesar, en una mañana de sol mediterráneo, tibio y rutilante, los pueblos de la costa de levante, uno queda sorprendido de la tranquilidad y de la paz que respiran. Estos pueblos no parecen haber conocido la guerra para nada. Están intactos. Hay, desde luego, una diferencia fundamental entre los pueblos industriales –donde la gente lleva en la cara las huellas del sufrimiento y el hambre– y los pueblos agrícolas, donde la desconfianza natural de los payeses frente a las utopías social-comunistas, les ha permitido con toda clase de arbitrios perfectamente ilegales por lo que se refiere al gobierno de Negrín, pero absolutamente justos y lícitos, comer más o menos y ayudar indirectamente al triunfo de las armas nacionales. Negrín no ha podido con el individualismo magnífico de nuestros payeses. Frente a ellos murió la inflación y ellos destrozaron la moneda roja por negarse a aceptar los montones de papel, que con tanta prodigalidad eran ofrecidos. La tradición del Derecho romano, que se mantiene tan viva en el campo de Cataluña, con las variantes que lo perfeccionan, del derecho privado catalán, han sido un valladar absoluto a las locuras anarco-comunistas. Estos payeses, que son la tradición eterna de este país, han realizado una labor magnífica.

Estos pueblos de La Maresma, pues, están magníficos, pero en este momento sufren de incomunicación. Tiramos, desde el coche que pasa velozmente por las poblaciones, unos ejemplares de *La Vanguardia Española* en Montgat, en Mataró, en Arenys de Mar, en Canet, en Pineda, en Malgrat y observamos la lucha que se produce entre la gente de las calles para apoderarse de un número del periódico. La pobre gente –que tuvo una radio escondida en el desván y ahora la ha sacado con la petulancia natural de la persona que ha llegado finalmente a una zona de seguridad– se encuentra hoy con la imposibilidad de tener información, por falta de luz y de fuerza. Están pidiendo noticias. Ya las tendrán. En cuestión de días, quizá de horas. Todo va restableciéndose.

En todo caso hemos de decir que de todo lo que conocemos de la Cataluña liberada, esta parte de La Maresma nos ha parecido la más feliz, la vida más tranquila y sosegada, la que ha recobrado con más rapidez el ritmo de la normalización.

EL TORDERA

Abandonamos la costa, y el coche, por la carretera general de Madrid a La Junquera, penetra en el Interior. Hemos de pasar el Tordera. El puente está volado. Casi todos los puentes están volados. Este del Tordera es importante. El regimiento de pontoneros de Zaragoza está acampado bajo los chopos, construyendo un puente provisional. ¡Muchachos magníficos estos pontoneros, que tantas veces han



trabajado bajo las balas con una eficacia extraordinaria! ¡Qué buenas caras, qué salud, qué musculaturas tensas! Nos piden noticias. Todo el mundo pide noticias. Ahora, en este momento, en Cataluña, la incomunicación es lo que más impresiona a todo el mundo.

Pasamos el Tordera en el puente de barcas y nos encontramos, en la otra parte, con un rebaño de dos o tres mil prisioneros que, conducidos por una pareja de la Guardia Civil, marchan, a pie, hacia Barcelona. El contraste con nuestras tropas es indescriptible. Primero sorprende la mezcla de viejos y de jóvenes, de hombres de pelo cano y de niños. Todos van arrastrando los pies y los harapos, con una tremenda actitud de desaliento y melancolía. ¿Por quién ha luchado esta gente? ¿Dónde está la mirada altiva y soberbia del vencido auténtico? Todos fueron vencidos de antemano e hicieron la guerra a la fuerza y de cualquier manera.

Pasamos las colinas dulces del margen izquierda del Tordera y entramos a La Selva. Vidreras. Hay un campamento de Legionarios en las afueras del pueblo. El paisaje es de una calma y de una suavidad indescriptibles. Es imposible imaginar aquí, sobre esta tierra antigua, la ferocidad del comunismo ni los dolores desgarrados de la guerra. Sin embargo, las apariencias engañan. Todo esto lo ha vivido este país verde manzana salpicado de verde oscuro de los pinares y de los alcornoques de hoja perenne. Pensando en esta tierra tan amada y tan conocida de la persona que escribe estas líneas, construimos en otros tiempos apologías entusiastas de la vida del cazador de liebres y elogios un poco enfáticos de la buena cocina. ¡Qué tiempos aquellos! ¿Volverán algún día? Aquí soñamos, hace años, hacer la vida de pueblo y salir por la tarde con el cura y el farmacéutico a dar largos paseos al sol, hablando de las cosas de siempre. Aquí vimos el crepúsculo de nuestra adolescencia y hemos soñado en la aparición de la estrella de la noche y en el verso de Lamartine, tan elegante y sugestivo: *Pâle étoile du soir, messagère lointaine...*

PALAMOS

Por el valle de Aro bien situado entre las montañas de las Gabarras y el mar, llegamos, atravesando un paisaje de huertos y de olivos plateados, a Palamós. Sobre el pueblo se presenta la curva fabulosamente graciosa de su bahía. El pueblo, blanco y dorado, tiene bajo la luz maravillosa de la mañana una apacibilidad estática. Uno piensa en las islas griegas, en los viejos paisajes de las Ciclades o de Creta. Hay un «cargó» monstruoso naufragado en la bahía. El pueblo, al llegar, nos parece deshabitado y vacío. Hay muchas casas destruidas. La gente, huyendo de los bombardeos y del terror, ha marchado al interior, y la población ha quedado solitaria y triste. En la carretera encontramos a la gente que vuelve al pueblo. Van arrastrando sus paquetes por el camino. Pero la cara iluminada de hombres y mujeres lo dice todo. La gente tiene la sensación de haber sido liberada y vuelve confiada a su fuego apagado y maltrecho.

En La Bisbal encontramos el primer almacén de Auxilio Social, por decirlo así, de primera línea. Los ojos de mi buen amigo se iluminan. ¡Esto marcha! –dice mi viejo maigo. Hay pan en abundancia, sardinas, higos secos, y almendras. La gente sale con la gorra llena de vituallas. Los elementos de «Auxilio Social» organizarán mañana un comedor para dar comida caliente. El entusiasmo es grande. Ya en La Bisbal, se ve, al lado de las ruinas humeantes dejadas por la brigada Líster, nuestra propaganda mural.

A La Bisbal llegan, lejanos, pero reales, los ruidos sordos del frente. Se oyen los zumbidos de los cañones, el ruido tremendo de los bombardeos aéreos. Se ha conquistado Torroella de Montgrí; se está envolviendo la vieja fortaleza de la época real catalana, Santa Catalina, y las tropas marchan hacia Figueras. A quince kilómetros del frente la vida ha reanudado su ritmo. El payés sale con su yunta a arar el campo. Un pequeño pastor monta la guardia de unas vacas pacíficas.



Castell Palau, La Bisbal

Una vieja tartana se tambalea sobre la carretera. En la tarde fina todo se dibuja, hombres, animales, plantas, con una precisión exquisita. Sentimos una ternura activa por todo lo que nos rodea. Este es nuestro país. Aquí nacimos, aquí fuimos bautizados, aquí hemos vivido los años de adolescencia, aquí tenemos nuestros antepasados soñando el sueño eterno. Aquí vimos desde un pequeño monte de los alrededores del pueblo, arder las iglesias de otros siete pueblos. ¡Qué día! Fue el 19 de julio de 1936. Fue quizá el día de más emoción de nuestra vida. ¿Por qué quemaron las iglesias? ¿Por qué quemaron el altar mayor de Palafrugell, que está en todas las historias del arte como uno de los especímenes del arte barroco, churrigueresco, más brillantes y más típicos del mundo? El espectáculo de la destrucción inútil nos anonada, nos aplasta. ¿Por qué estos hombres han hecho esto?

Siete pequeñas iglesias, pues, ardían el 19 de julio de 1936 y yo presencié el espectáculo de esta destrucción impotente. Todas estas iglesias tenían a su lado unos minúsculos cementerios con viejos y agudos cipreses sobre sus paredes doradas y antiguas. En estos cementerios están mis antepasados enterrados para siempre... si es que les dejaron dormir el sueño eterno. No quiero saberlo.

GERONA

Seguimos a Gerona, pero en el hostel de La Pera –se ve el pueblo de La Pera, patria del general Savalls, sobre un prado de una coloración acuosa y suave– la carretera está interrumpida. Hémos de volver atrás, porque los puentes están cortados y no han sido aún reconstruidos.

Vamos a Cassá de la Selva desde La Bisbal, por Santa Pallaya. Carretera de montaña, alta, con muchas curvas. Cuando llegamos al puerto se ve una gran extensión de tierra, cultivada, limpia, ordenada, magnífica. A flor de tierra palpita la eternidad de un orden jurídico. Al fondo se ve el mar, las islas Medas –donde en nuestra adolescencia comimos tantas y tan sabrosas sardinas– y el golfo de Rosas, que nos deslumbra con su luz de sol encendido. El panorama es soberbio, pero romántico como todos los panoramas, de un sinfonismo desorbitado y envolvente. Contra el panorama romántico, lo más sano es la buena cocina clásica, concreta y antigua que se va ya –¡ay!– perdiendo. En este mundo de hoy todo es demasiado panorámico.

Bueno; llegamos a tierras de Gerona, después de pasar por Cassá de la Selva, donde hay otro magnífico campamento de legionarios y una oficina de Auxilio Social que ya funciona admirablemente. Vamos siguiendo hacia Gerona la margen derecha del río Onyar, que desarrolla unas curvas muy bellas y tiene unos árboles de una caligrafía esbelta. De pronto aparecen las primeras casas bajas de la ciudad y sobre ellas el campanario gótico de Sant Feliu y el de la Catedral, con el ángel decapitado por una bombarda francesa. ¡Gerona! ¡Cuántos recuerdos! Aquí estudiamos el bachillerato, estuvimos internos en un colegio, discutimos con un ardor pueril a Santo Tomás y a Kant y a don Arturo Schopenhauer, que nos pareció siempre demasiado divertido, intelectualmente, para ser pesimista; a Rusiñol, al escultor Arístides Maillol, el gran escultor francés, a toda una tropa de gentes magníficas.

Gerona es hoy un campamento. La música de la cuarta de Navarra, toca aires del Baztán en la Plaza de las Coles, que luego fue Rambla de la Libertad y luego ha tenido innumerables nombres, según la situación política. En el café Norat, donde aprendimos a tomar café, no han dejado ni las cucharillas. En el hotel del Centro no hay nada, no se encuentra nada. Los cronistas de guerra nos habían dicho que una tercera parte de la población está destruida. Cuantitativamente es exagerado. Cualitativamente, los rojos han destruido la Gerona moderna, es decir las fuentes de vida. La fábrica de Portabella está hecha polvo. ¡Y tantas otras cosas! Gerona produce una impresión tremenda. En la algarabía campamental de



Libros y objetos religiosos destruidos en la guerra en Gerona

la población, salpicada de boinas rojas, sentimos una sensación de soledad y de abandono indescritibles. La Gerona de nuestra juventud, la que conocimos y amamos tanto, tendrá dentro de poco un perfil, un espíritu, un alma distinta. Este asentamiento actual, ¿ qué formas de vida creará con el tiempo ?

Al anochecer regresamos a Barcelona por la general de Madrid. Camiones a cada paso. Puentes volados, más o menos restablecidos. En la carretera, los faros de los coches hacen unos juegos estupendos. La carretera está llena de vida. A su alrededor el campo entra en una paz y en un silencio indiferentes.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.

ESPECIAL